

## Recordar, repetir, elaborar: fondo de la memoria

Saul Paciuk \*

En vida, Freud recibió un único reconocimiento oficial; fue una distinción por el mérito literario de sus textos. Un justo aprecio dado que, en efecto, disfrutamos la belleza de su prosa que, sin desdeñar la elegancia, concilia la llaneza y la precisión, invitando amablemente al lector a entregarse y acompañar al autor en su recorrido intelectual (una condición cuyo mérito se acentúa desde que una prosa así no es una presencia frecuente en los textos del psicoanálisis).

Además de disfrutar -y discutir, claro- sus escritos, he admirado siempre la habilidad de Freud para titularlos: encuentra en pocas palabras, la expresión capaz tanto de identificar el meollo de la cuestión que habrá de tratar, como de presentarla bajo una luz interesante. Entre esos títulos hay uno por el que he tenido especial estima; es **Recuerdo, repetición y elaboración**. (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914), (2) cuya perfección atribuyo a que la reunión de los tres términos alcanza una completud peculiar: crea un todo al que no parece posible referirse de modo mejor.

¿En qué reside esta completud? Aventuro una hipótesis: los tres términos nombran no solo tres modalidades de presentación de las asociaciones u ocurrencias en el trabajo del psicoanálisis, sino que el trío refiere a los éxtasis del tiempo, a los que convoca

---

\* Miembro Titular de APU. Luis A. de Herrera 1042 ap.708, Montevideo, Uruguay.

de un modo particular. En efecto, el recuerdo da cuerpo a lo pasado y se confiesa como tal. Entre tanto, la repetición (hablamos aquí sobre todo de la transferencia, de actos que reiteran pasados y los despliegan) trata de lo presente, de lo que transcurre. Mientras que lo pasado se coloca como recuerdo (narración o huella de lo acontecido allá y entonces), la repetición se coloca como presente (aquí, ahora, conmigo), pero un presente que es la máscara de un pasado que esconde las evidencias de sus raíces en lo que, de hecho, él hoy reitera.

Por su lado, la elaboración ocurre en presente, pero habla de otra dimensión: trabaja lo pasado apuntando a lo futuro: menta aquello que está en proceso, y ese proceso es un trabajo (núcleo que está marcado en la palabra *arbeit*, acento cuyo valor se destiñe en la traducción). Es un trabajo sobre lo pasado. Por ser trabajo, escapa a lo impuesto o a un automatismo psíquico, y escapa también al campo de lo concluido: la elaboración habla de lo que está en curso y que por ello está abierto, algo cuyo desenlace es incierto.

Para decirlo de otro modo: en los tres casos se trata de la memoria e incluso la elaboración trabaja con lo pasado; sin embargo, cabe hacer distingos. Por un lado se trata de la memoria de lo ya hecho, como en el recordar, o como acto y actualidad en la repetición; recuerdo y repetición apuntan a lo pasado y se trata de la fidelidad a eso pasado (e interesan la distorsión y el encubrimiento) que tuvo su lugar en algún punto de un curso vital. Por otro, en la elaboración, en el trabajo, la memoria es memoria abierta y en construcción, es experiencia que incluye pasado (qué la motiva, qué viene a cambiar) en tren de revisión, y también la posibilidad de modificación, de un futuro (a qué apunta).

Y bien, se trata de la memoria, esto parece claro, pero, ¿considerada desde qué ángulo?

Seguramente, para el psicoanálisis, no se trata de la memoria que tienen en vista algunas de las definiciones que, palabras más o menos, expresan el entendimiento corriente y vigente hasta en los textos escolares, como “proceso de almacenamiento y recuperación de la información en el cerebro, básico en el

aprendizaje y en el pensamiento”, “poder de recordar”, “almacén de recuerdos”, propios de una facultad psíquica o de la “potencia del alma” de que habló la escolástica. Tampoco se la entiende como la elasticidad, que permite volver a un estado anterior.

Es que por tratarse de la memoria, en lo que nos concierne (recuerdo, repetición, elaboración), se trata del tiempo y de la forma temporal que le es inherente: mientras el *recuerdo* es la asociación con la memoria-archivo que se pretende como un tiempo concluido a rescatar, la *repetición* (bajo la forma de transferencia, el ahora en el que Freud des-encubre la repetición) trata de la memoria en acto, en la que importa tanto lo pasado que re-presenta como lo que revela del presente que convoca eso pasado. Centrarse en los recuerdos es atender un tiempo cerrado, no ver al sujeto sino como depositario de un pasado que no le es del todo accesible y que requiere ser alcanzado, detectado y restaurado (leído, ordenado y rectificado). Atendiendo la *elaboración* el psicoanálisis abre la memoria y el tiempo, recupera lo pasado y recupera las posibilidades de modificarlo, desplegando las aperturas que ese pasado *contenía*; esto es, rescata las posibilidades entrañadas en lo pasado y des-conocidas, que el mero recordar ocultaba y que de ese modo clausuraba.

### **Modos del Tiempo**

En todos los casos, la sustancia y la atmósfera -el fondo- de las *figuras* de la memoria es el tiempo. Se trata del tiempo, en el sentido corriente y abarcador del término, en el que podemos distinguir dos *formas* de manifestarse que están contenidas en él.

Uno, el **tiempo cronológico**, objetivo, el de todos y de todo, un curso lineal pautado por la sucesión regular de unidades, sucesión según la cual van tomado ubicación acontecimientos propios y ajenos. Un tiempo que lo inconciente no conoce, nos dijo Freud.

Otro, **la temporalidad**, *fondo* de la memoria, ese tiempo vivido, alejado y condenado por la vida cotidiana, al que se violenta

y vacía de contenido cuando se lo fuerza para hacerlo coincidir con el tiempo cronológico. Quizá esta época de urgencias que alejan de lo importante pida vidas sin espesor, necesitadas de poner a un lado un tiempo vivido que habla de nacimiento, peripecia y, sobre todo, de muerte; un tiempo que re-pone nuestra nada como horizonte desde el punto de partida (ser nato, nacido) hasta su temido o esperado fin; un tiempo vivido cuya atmósfera es la angustia y que requiere ser recobrado.

Proponemos aquí un recorrido por esta temporalización, retomando algunos textos que han quedado por el camino. (6) Se trata de un recorrido que -¿de qué manera sino de esa?- deberá oscilar entre psicoanálisis y pensamiento, en particular siguiendo la senda que nos propone Merleau Ponty en su **Fenomenología de la percepción** (en adelante Fen. Perc.), para quien subjetividad (lo que él llama “la vivencia de mí mismo por mí mismo”) y temporalidad se edifican ambas a una y se comprenden mutuamente, ya que el sujeto “es temporal, pero no por un azar de la constitución humana, sino en virtud de una necesidad interior” (5, pág, 449).

Entre ciertos límites, desplegar esa comprensión mutua es lo que intentaré en lo que sigue, confiando en que el resultado pueda justificar el intento. Acerca de sus dificultades ya alertó André Green, (3) quien llegó a decir que “una concepción específicamente analítica del tiempo no ha sido aún elaborada”. Ocurre que las concepciones centradas en la temporalidad han conocido una recepción por la comunidad pensante que no las ubica entre las más afortunadas. Lo probaría la vigencia de las tesis sustancialistas, la marginalidad de Heráclito, la ubicación sospechosa de la filosofía de Hegel con su insistencia en el devenir, así como el relegamiento de la fenomenología y la reflexión existencial, precipitado por los estructuralismos.

Ciertamente, en nuestra cultura y en nuestros días parece tener mejor acogida el pensamiento que privilegia el ser o la sustancia, lo eternitario o lo que se se pretende al margen de los estragos que conlleva el tiempo. Pero con esto ya estamos en el tema y parece oportuno formular una afirmación fuerte a tener en cuenta: que la memoria de que tratamos sólo se presenta como narración.

## El Tiempo Cotidiano

Cambiamos de escenario, vayamos al terreno de la vida cotidiana. Se dice que el tiempo pasa o transcurre y que estamos pautados por él y marcados por los tiempos que nos toca vivir. Y todavía y con frecuencia, se dice “mi tiempo”, “tengo tiempo”, se invierte tiempo y por lo tanto se lo pierde o se lo gana, aludiendo siempre a una especie de relación de posesión que es otro fuerte índice de presunta intimidad entre nosotros y el tiempo.

A pesar de ello, la vida cotidiana escatima dar pruebas contundentes de un tránsito despejado entre nosotros y el tiempo. En el día a día parecen coexistir un saber del tiempo como un curso lanzado en un único sentido, y una vida de hecho que parece transcurrir en una especie de eternidad, para la cual el tiempo es una especie de intruso cuya irrupción desacomoda. Sus inesperadas e inquietantes irrupciones (de pronto ¡tan crecidos! o ¡tan viejos!) crean una discontinuidad en el curso sereno de nuestra vida y nos mueven a expresiones del tipo “¿yá?” o bien “¿todavía no?” Otro tanto ocurre con el tiempo biológico, cuyos ritmos internos también suelen aparecer como desacomodados con lo que vivimos y nos obligan a “correcciones” por las cuales de golpe nos encogemos, envejecemos, rejuvenecemos, asumiendo un espesor de vida que, acaba de verse, habíamos des-conocido.

La sorpresa y la inquietud que despiertan al toparnos con el tiempo, harían pensar en una especie de desdoblamiento, interior a nosotros, entre lo objetivo y lo subjetivo; por este desdoblamiento, por un lado “sabemos” del tiempo, y por otro actuamos como desconociendo ese “saber”, de modo que ese tiempo queda radicado en aquello que viene a dar testimonio de él: las cosas o los otros. Por lo que, parafraseando a Merleau Ponty, se podría decir que el sujeto es temporal en virtud de una exigencia exterior, que le viene de los otros.

No deja de ser curiosa esta mezcla de una vida que día a día parece vivirse en el seno de un tiempo invisible, en una especie de eternidad de hecho, con un tiempo que no por ello deja de saturarla sin piedad, pero que parece existir solo de

derecho, recluso en nuestro esporádico saber acerca de él.

Resumiendo, vivimos a lo cotidiano en busca de evidencias acerca de cómo se presenta de ordinario nuestra familiaridad con el tiempo y nos encontramos con que, por lo común, vivimos en el seno de una cierta (¿y edénica?) eternidad y que de tanto en tanto el propio tiempo nos arranca de ella para lanzarnos al (¿al infierno?) devenir que corre y corroe. En esa pretendida eternidad vive lo esquizo paranoide de que habló Melanie Klein y vive, también, la más inocente “repetición” de que habló Freud.

### **Tiempos y Acontecimientos**

Pero no necesariamente el tiempo cronológico irrumpe y sorprende; también requerimos sus servicios. Por ejemplo, cuando narramos una ocurrencia o describimos un suceso o aun cuando nos presentamos contando nuestra historia, relato que la psicología y la psiquiatría consideran especialmente significativo.

Cada vez que queremos tematizar, objetivar nuestra vida, volverla espectáculo, recordamos y en el memorizar el tiempo recobra su protagonismo, representa un fondo común a todos contra el cual se recortan las peripecias de nuestro relato. Pero el acto de narrar no deja de ser una operación compleja.

En la construcción de la narración se rompe el “continuo de vida”, se lo fragmenta y se aísla un fragmento. Ello implica establecer un origen, un cero, y un término, así como un contenido en el que se ponen en relación lo que se recorta como las ocurrencias, los elementos singulares de la narración que podemos llamar *acontecimientos*. Se constituye un conjunto en la medida en que se muestra una cierta legalidad interna capaz de dar sentido a la necesidad de cada acontecer, de su pertinencia a los fines del relato; esta legalidad conforma uno de las pistas del *sentido* del relato. El relator ordena, o lo hace el destinatario del relato, de modo que a cada tiempo se adscribe un contenido.

Para la reflexión es claro que tales acontecimientos son “hechos”, son factura de un sujeto, y de varios modos. El sujeto

es autor de un cierto fraccionamiento y, además de aislar, elige, conforma los acontecimientos y los ordena en una serie, les impone “su” sentido. Esto significa que elabora la narración y lo hace en función del sentido que tiene para él la situación en que la narración se inscribe: toda historia, aun tratando de lo pasado, *es argumento*, muestra, ejemplifica o apunta a algo de la perspectiva actual del sujeto acerca de su situación.

Tiene razón Merleau Ponty cuando señala que “No hay acontecimientos sin un alguien al que ocurren y cuya perspectiva finita funda la individualidad de los mismos”. (Fen de la Perc., 419) Y esta misma “perspectiva finita”, aunque de otra manera, funda el relato. Por ello habría que decir que los acontecimientos dicen tanto del mundo o del tema de la narración, como del *alguien*, el narrador, y de su circunstancia, lo cual permite revertir la perspectiva y tomar el modo de facturar los acontecimientos por parte de un sujeto, como índice de su situación actual, de su presente y no tanto como presentificación de su pasado. Es decir, considerar la narración de lo pasado como asociación referida de alguna manera al aquí, ahora y conmigo.

### **La Historia, una Construcción**

Seguramente nadie objetará que se considere que la narración (y el recuerdo contado lo es) es una construcción, puesto que define y ordena los acontecimientos, y establece -implícita o explícitamente- relaciones entre los acontecimientos tales como precedencias y consecuencias, lo que apunta a una relación causal, ya que lo posterior se puede presumir como causado por lo anterior, que a su vez es invocado por el relator como consecuente. (1)

Es decir, lo presente sería el desenlace, a la vez que la justificación, de lo que se convoca como lo pasado pertinente, aun cuando este pasado, en el momento en que era presente, quizá no podía ni sospechar esta derivación futura (tampoco sabe nadie si vive un momento social que tendrá importancia histórica, por ejemplo).

Por ser una *factura*, el acontecimiento y la narración que lo recoge hablan de facticidad y de lo no-necesario, de lo contingente dado que no hay otro acceso a ese pasado más que como *versión*, la narración puede no ser válida para siempre; puede ser narración abierta, capaz de des-encubrir que lo pasado pudo haber sido de otro modo y podrá presentarse bajo otra luz, llegar a ser otro el relato.

En consecuencia, caben diversos modos de recuperación de lo pasado y la diferencia entre ellos puede establecerse por el grado de coagulación que marca al relato. Al narrar lo que ha pasado muchas de sus posibilidades pueden quedar recortadas y el relato puede consagrar una versión coagulada de lo que fue y de lo que pudo ser. Pero también, al narrar, pueden volver a la vida las incertidumbres que tenía esto pasado cuando fue presente, sus oscuridades y sus aperturas, y las posibilidades que abría y que no fueron realizadas.

Precisamente, contar una historia coagulada que se repite como un estereotipo, es propio de la *historia* que el enfermo cuenta y exhibe como su cartón de identidad. Esa historia “explica” su presente de sufrimiento, es la historia de su padecer. Como en este estilo y finalidad de historia se apunta a “explicar”, la antecedencia se convierte en señalamiento de causalidades y por esa vía se apunta hacia la adjudicación de responsabilidades por la situación del enfermo, invitando a que se conviertan en condena. Y no son pocos los técnicos que aceptan esta invitación. (7)

### **Privilegios del Presente**

Por ello se hace necesario escuchar el “ahora”. Con Croce, se puede decir que *toda historia es historia contemporánea* y que la narración habla del presente, toma un sesgo del ahora y realiza una perspectiva del ahora del que la narración da cuenta. Así como el relato expone una sucesión de acontecimientos que recorta y a los que da forma, privilegiando estas unidades discretas, así también el tiempo cotidiano es generalmente entendido como una



sucesión de ahora que vienen de un pasado hacia un futuro.

No le faltan razones a este privilegio del ahora. De lo pasado siempre podemos dudar, ya que es una construcción y no sabemos qué confiables son nuestros recuerdos; y más aun podemos dudar del futuro, que es básicamente el territorio de la incertidumbre.

En cambio no podemos dudar del ahora vivido. Cuando Descartes halla en el hecho del pensar un fundamento para la certidumbre de existir, simultáneamente afirma como indudable el “ahora” en que tiene lugar su ejercicio de pensar. Merleau Ponty aclara más el porqué de este privilegio: el presente es la zona donde el ser y la conciencia coinciden (Fen. Perc., 432). El ser está por el lado de que el “a quién” le pasa o el “quién” que hace, soy yo, me pasa a mí; la conciencia está por el lado de que yo lo sé, y lo sé a partir de que lo hago.

Somos en presente, de modo que tenemos tanta certidumbre acerca del ahora como de que somos.

Bien, pero ¿qué dice esto que nombro como “ahora”? ¿Qué digo cuando digo “ahora”? Definir y decir en qué consiste mi ahora no es realizar una constatación o un inventario, sino más bien un hecho comunicativo. Si digo que *ahora escribo*, separo este ahora de un antes sobre la base de su *diferencia* con lo que haré luego o con lo que hacía un cierto tiempo atrás, minutos (miraba por la ventana) u horas (viajaba hacia aquí) o años (era estudiante y soñaba con llegar a escribir).

Privilegio el que escriba como perteneciente a mi definición de este ahora, porque mi proyecto apunta a hablar del tema acerca del cual escribo. El inventario de este ahora sería inacabable, ya que no podría expresar todo lo que me pasa ahora, desde estar con los pies cruzados, apretado contra una silla, con la luz que de modo oblicuo ilumina la mesa y da calor a mi cara, respirando, ejerciendo cierta presión con mis dedos sobre el cuerpo de la lapicera que corre sobre el papel que me resiste y sintiendo el peso del canto de mi puño sobre la mesa y el radio de mi brazo que barre el papel apoyado en ese centro que es el codo y así hasta el infinito, incluyendo todos los variados pensamientos que se me agolpan y me tientan a que los siga mientras elijo alguno como el

pertinente para darle existencia sobre el paciente papel...

Entonces el ahora, así como la historia, resulta ser factura del sujeto: definir un ahora fragmenta un curso de vida, lo coagula y lo simplifica, seleccionando un tema. En un sentido, todas esas operaciones están marcadas por la arbitrariedad. Pero no son arbitrarias si se considera que el ahora, de igual modo que el relato, se conforman en función de un fin, apuntan a un final. Por ejemplo, a evidenciar una relación entre ese pasado convocado (implícito en el ahora, explicitado en el relato) y la perspectiva del relator acerca del presente. Habitualmente, en el afán de poner en evidencia raíces en lo pasado, se pasa por alto que es desde este presente que es convocado tal pasado y no otro, y que este presente que lo convoca es el que lo valida y lo libera de la sospecha de ser im-pertinente.

De lo pasado al presente, del presente al futuro, tiempo supone curso, algo que *pasa*. Lo esencial es el paso, pero ¿cómo se produce el paso? Vivimos presentes. ¿Qué nos dice que un presente, un ahora, acabó y comienza otro? Otra vez se trata de una factura: tengo este ahora por *otro* ahora en la medida que privilegio lo que puede traer de nuevo, es decir, digo que es un nuevo ahora en la medida que puedo decir que algo cambió, que apunta en otra dirección.

Considerar el paso, el curso, nos hace ver que los *acontecimientos* del relato llevan consigo un matiz propio de los *elementos*, pero el concepto de elemento se opone al de *momento*, un término dialéctico abundantemente usado por Hegel. Si bien momento se usa para designar una no precisada fracción de tiempo, más propiamente habla de una realidad que está en relación con otra hacia la que, aún oponiéndose, se mueve y con la que debe, necesariamente, formar una totalidad.

Es que momento deriva de movimiento y, precisamente, remite al *devenir* y el devenir se refiere a un cierto cambio y al consiguiente curso, que es característica fundamental del tiempo. Eternidad y temporalidad, momento y elemento, en buena medida estos conceptos parecen excluirse mutuamente.

En esa misma medida, resulta curioso que en el campo del

psicoanálisis podamos hallar un pensamiento que no surge del cuerpo de la filosofía pero que ofrece las bases para una reflexión que los articularía.

### **Entre Sujeto y Objeto**

Es en la obra de Melanie Klein donde podemos hallar una contribución singular a la comprensión de la idea de subjetividad como temporalidad.

Melanie Klein propone una perspectiva acerca de la situación humana que toma como base el que la vida se cumple siempre en un marco relacional: afirma el carácter primario de la socialidad y subraya que el sujeto se define a sí mismo en relación con alguna forma de alteridad. Es decir, sostiene que *ser es ser en relación*; que no hay un sujeto anterior a la relación que luego se vincula, sino que *lo que es* ese sujeto, lo es en el marco de alguna forma concreta de estar comprometido con un “otro” .(4)

Klein ha descrito dos grandes modelos de articulación de la relación con el otro, a los que llamó “posiciones”, enfatizando así lo que cada uno de esos modelos tiene de *postura* que el sujeto toma ante el otro. Según Klein, estas posiciones reconocen como eje, una la escisión y la otra la integración. A la vez, ella describió la articulación entre ambas posiciones, entendiéndola como un proceso con fuertes implicaciones dialécticas que pautan un camino, una *ex-peri-encia* presente en el paso de una posición a otra.

En términos generales puede decirse que ante una situación nueva o inesperada, Klein muestra que la *posición* del sujeto suele definirse por su expectativa (que busca confirmarse o ya es certeza) de estar siendo blanco de un acto de hostilidad o daño por la acción o la omisión de parte de otro (a quien se denomina objeto por las razones que daremos enseguida). De modo que una situación que podría ser familiar para el sujeto, por la ocurrencia de un inconveniente se ha transformado y es inicialmente una evidencia de que es atacado.

En consonancia con esa convicción que anima esta primera

posición, el sujeto es ganado por su certeza, la que lo lleva a insistir en su denuncia y en postularse como víctima. La certeza acerca de cómo es el objeto (peligroso, inepto) es concomitante a la certeza del sujeto acerca de sí (víctima) y ambas apuntan al “cómo me hace sentir en su presencia” que Merleau Ponty señaló como ámbito de la percepción.

Podemos ver entonces que al encarnar este giro de la situación, el sujeto realiza, hace efectiva, de una sola vez, una definición de sí mismo (perjudicado) y del otro (responsable o malevolente), y esta definición funda su conducta (denunciar, atacar) como la pertinente. Tal conducta del sujeto, a su turno, pide (o al menos tienta) al otro a definirse, respondiendo de una cierta manera (defendiéndose, atacando). Que esto ocurra, no hace sino confirmar al sujeto la justeza de su convicción acerca de recibir un trato hostil que tuvo en el punto de partida.

Tomando alguna distancia de esta situación, Klein observó que, contemporáneamente, el sujeto mantiene varios relacionamientos, algunos con objetos a los que considera sumamente benefactores o valiosos. Encontró también que ambos relacionamientos, persecutorio y benefactor, están correlacionados (de acuerdo con Klein, la articulación entre ambos objetos sería muy íntima, ya que puede observarse que integran un sistema) y tienen como base una misma operación: la escisión. En un caso, la escisión retiene las excelencias del objeto y descarta sus otras posibilidades; en el otro caso retiene las que hablan de su peligrosidad. De este modo convierte a cada objeto en prototipo, representante ideal de una clase.

En tanto que el objeto queda reducido a definirse por un solo rasgo, en el sujeto prevalece un cierto afecto, el pertinente al carácter de ese objeto. Precisamente, se habla de “objetos” por esta especie de manipulación despersonalizadora que releva en el otro, apenas aquello que por razones internas requiere el sujeto y que motiva -le da motivos- al primero para actuar en consonancia con esta solicitud. La atmósfera de esta relación de objeto será, concomitantemente, la mecánica y el determinismo, la “producción” de subjetividad.

La escisión funda la convicción, ya que aventaja toda ambigüedad o incertidumbre o contradicción -lo que hace que la escisión pueda ser vista como una exigencia crispada de coherencia, aun cuando sus bases son emocionales y no cognitivas. El sujeto encarna la convicción (resistente a toda posibilidad de desmentido) acerca de cómo es el objeto y de cómo es él mismo, y esta convicción es tan plena porque nace de conocer como nadie el ser del objeto, en lo cual no deja de tener razón ya que este ser es factura del sujeto, lo ha constituido como “construido” por él. Cuanto la contradiga es solamente mera apariencia, disfraz o error. Como el sujeto vive en un mundo del cual la incertidumbre o la falibilidad están ausentes, su convicción no puede ser sino obtener o forzar confirmaciones, por lo que esta posición asegura su eternidad.

Si ocurren cambios, es en el sentido de sustituir una visión del otro por alguna que puede ser la opuesta, pero que a su turno es sostenida como verdad eterna del objeto. Este cambio tiene lugar por negación y derogación de un ahora que instala otro ahora, que pasa a ser tenido como una revelación final. El ahora solo es confirmatorio o derogatorio; no existe propiamente experiencia, ni siquiera en el marco del ensayo y el error, porque el cambio no habla de un fallo o rectificación del sujeto acerca de sí, sino de que cambia el objeto cuyo engaño ha desenmascarado.

En tanto el sujeto solo recoge confirmaciones, el tiempo aparece clausurado: no hay futuro, solo hay reiteración de un presente anclado en el pasado y que se vuelve un *instante eterno*. El tiempo objetivo puede “pasar”, pero no *pasa* nada en la relación y lo que ahora es, es el ahora y es lo que será siempre. La eternidad satura esta relación, por cuanto el sujeto vive en sucesivas pero poco diferentes versiones de lo mismo y no hay cambio. Recordar aquí se sobrepone a repetir.

De esta manera pueden unirse una radical movilidad (los cambios bruscos y aparentemente inmotivados que son propios de ciertas formas de personalidad y de padecimiento) y la eternización (es una movilidad sin cambio). El sujeto podrá aparecer como tratando con numerosas personas y también cambiar

continuamente de trato con una persona, pero en términos de su relación no cambia su posición ni el objeto de su relación.

### Entre Sujeto y Otro

La escisión es todavía más compleja, porque ella ocurre también en el propio sujeto, quien puede ser comprendido como una especie de haz de relaciones que pueden mostrar escasa coherencia entre sí. De modo que, en un corte sincrónico, algunas de sus relaciones lo presentan en una posición en la cual está movido hacia una escisión extrema y en otras, que no dejan de ser contemporáneas, su posición supone la coexistencia de lo favorecedor y de lo peligroso en un mismo objeto.

En la medida que puede tener lugar cierta coexistencia más o menos estable de cualidades aceptadas y rechazadas -buenas y malas, dirá el sujeto- en un objeto, puede comenzar un proceso que llevaría a la evidencia de que el objeto, en algún momento, pudo recibir un trato inadecuado de parte del sujeto (que lo trató como si únicamente fuera malo) y que ese trato pudo dañar a ambos. Así, en tanto el sujeto lo tenía como peligroso, se defendía del objeto, lo atacaba, y con ello se privaba de cosas buenas o necesarias que el objeto podía proporcionarle. También la coexistencia le presenta al objeto como complejo y no como plano, capaz de tener apetencias propias que el sujeto había desconocido.

Es decir, el sujeto encontraría en sí mismo condiciones que lo perfilan como peligro para el objeto y para sí mismo y debería entonces *cuidar al objeto* en vez de limitarse a tener que *cuidarse del objeto*. Este es el momento en que puede ocurrir un cambio trascendental, a partir de que los supuestos que estaban informando la posición del sujeto se muestran como inadecuados y necesitados de rectificación; en este marco el objeto se revela con otras posibilidades, como un primer otro.

A la luz de esta nueva posición y en relación con nuestro tema, tanto lo pasado como el futuro se presentan como factura del sujeto: el sujeto los ha constituido. En el caso de lo pasado, se

hace visible que ha tomado en cuenta solo aquello que confirmaba la tesis que sostenía su posición; en el caso del futuro, en la medida en que el sujeto puede *efectuarlo* con su trato hacia el objeto, el trato condiciona qué tipo de futuro podía haber a la relación, ya que el futuro resultaba estar preparado desde un presente que solo le permitía desplegarse en una cierta dirección (la de proporcionar confirmaciones) y no en otras.

Al ser posible la rectificación, se disuelve la convicción y se establece algo como una verdad (con lo que ella tiene de provisorio y de modificación de una afirmación anterior y de apertura a los desmentidos). El sujeto ya no trata con la esencia del objeto, ni es el determinismo el marco de su relacionamiento; su lugar lo toma una cierta angustia nutrida de falibilidad (pudo cometer daño a sí y al objeto), facticidad (el sujeto es de una manera y no de cualquier otra), contingencia (no hay necesidad alguna de que él sea, y lo que es, lo es con condición) y finitud (presencia del tiempo, del error y la nada en su ser). Cambia entonces el modo de verse a sí mismo del sujeto, al tiempo que cambia su modo de ver al otro.

A la vez se define un pasado como lo antecedente y que, como “ahora” que ha cambiado, es la condición que da sentido a este nuevo presente; también se inaugura un futuro, diferente de este presente y que toma sentido a partir de él: es una espera(nza) de reparación. Y así como en lo pasado des-encubre posibilidades que en su momento había descartado y des-encubre su complicidad con cuanto le aconteció, y que por lo tanto esto que le aconteció no estaba determinado, así también toma lo por-venir como abierto, como no determinado de antemano. El curso de su futuro depende del sujeto, aunque no únicamente de él; por ser futuro es abierto, es el lugar al que apunta el proyecto y nada asegura que se cumpla; por lo tanto, es fuente de angustia, una nueva forma de angustia que ya no es la de estar en amenazado o en peligro.

Se establece así una continuidad de vida que tiene otra legalidad que la entrañada en la mera sucesión, por la cual los pasados y futuros, ahora actuales, se implican mutuamente. Lo pasado no queda borrado, ni es retenido como simple eslabón de una cadena; es más bien el asiento del espesor y la riqueza personal

manifestadas como experiencia. En un movimiento que podemos llamar de *superación*, en el sentido dialéctico del término, lo pasado integra el presente, le da su sentido, y funda el futuro que se presenta como elaboración, como realización de las posibilidades que lo pasado revela *ahora* que tuvo en su momento y que la posición del sujeto suspuso dejarlas de lado. Ni presente ni futuro tendrían sentido alguno si ese pasado, a la vez que es negado, no fuera conservado, y el futuro puede ser diferente en la misma medida en que se asume que lo pasado *pudo* serlo.

La superación de la tesis paranoide le permite al sujeto acceder a un espacio de cierta libertad desde el cual se evidencia que, mientras él tomó una posición, también *disponía* de otras, como -por ejemplo- estas que ahora llegan a ser el núcleo de su relación con el otro y de su proyecto. De modo que lo nuevo no aparece como nacido de la nada, sino que cobra sentido mostrándose como una retoma de posibilidades desechadas antes. Lo nuevo tiene raíces en lo pasado, es un des-encubrimiento.

### **Subjetividad y Temporalidad**

Vimos al comienzo que toparse con el tiempo supone para el sujeto un sobresalto pues lo arranca de su cotidianeidad, de los instantes que coagulan el tiempo y eternizan un presente absoluto. Abrirse a la temporalidad supone un salto que hace pasar al devenir y ya la repetición, la transferencia, es un des-encubrimiento de la persistencia de lo vivido, experiencia de la temporalidad que se acentúa en la elaboración.

Pese a que se confrontan, tiempo y temporalidad, no sería posible derogar una de estas dos visiones, o decretar que se trata de mero error; tampoco hay mérito para afirmar sin más que ambas coexisten. Habría más bien que decir que uno de los destinos posibles de la concepción eternitaria es la integración de los ahora que se ignoran entre sí, que en este proceso de integración ocurre tanto el crecimiento del sujeto (experiencia de sí y del objeto, redefinición de ambos, arranque de la subjetividad y la intersub-



jetividad), como su correlativa apertura a la temporalidad. De tal modo que la temporalidad resulta nutrirse de la eternidad; nace de la superación o de la integración de la eternidad.

Por su lado, la integración no es un estado, no se la alcanza para estar en ella, no es una entrada en otra forma de la eternidad, que esta vez podría ser la “correcta”. La integración a su vez se mostrará como una *posición* y un momento de un proceso, no el término del proceso. Porque en otro momento, esta integración de hoy habrá de revelarse como preñada de escisiones; por lo tanto, es lo que es a cuenta de nuevas integraciones.

### **Salir de Si**

Ambas, subjetividad y temporalidad, están soldadas a la intersubjetividad, y el acceso a cada una está mediado por la otra. El tiempo nos llega por los demás; nuestro acceso a los demás y a nosotros mismos está mediado por el tiempo, es un despliegue. El otro está en el origen del tiempo y de mí mismo y lo importante es la revelación de esta mediación, por lo que esta presencia del otro se hace condición de la presencia de nosotros a nosotros mismos. La temporalidad no es un fondo contra el cual el sujeto inscribe los acontecimientos de su vida sino que es originaria, puesto que se la descubre al mismo tiempo que el sujeto se descubre a sí mismo, momento en que hace experiencia de sí y también del otro. A mi juicio, este es el corazón de lo que enseña Melanie Klein.

Se puede captar el ser de un objeto o una sustancia; sin embargo, la aprehensión sólo tiene una posibilidad de ejercerse, que es realizando un recorrido, un curso en el que caben apuestas, anticipaciones, rectificaciones, reacomodos, un recorrido que no tiene un fin preestablecido ni una meta que se alcanza alguna vez y que a partir de entonces se eterniza. Y ocurre que en este recorrido por la cosa, no puede haber sino un des-encubrimiento simultáneo de ella y de mí, sin ir más lejos, porque la razón de mis errores remite a condiciones que son más.

El acceso de la subjetividad a sí misma supone igualmente temporalidad y mediación. Hay un trabajo que hace posible una experiencia de sí que pasa a través de relaciones cumplidas con objetos y sujetos. Esto equivale a decir que nunca nos poseemos completamente, que es una posesión abierta y que es facturada en función de cada momento.

La subjetividad no se nos entrega de una sola vez, pero tampoco se guarda algo o nos lo escatima. Porque decir que la subjetividad es temporalidad es decir que está fundada en la alteridad y esta es abierta, inconclusa por definición. Por lo tanto incluye una esencial incertidumbre acerca de lo que todavía no ha sido, y también acerca de lo que ya fue. La historia cambia, cada vez que la llamamos puede ofrecernos una diferente versión de lo pasado y cada versión, como vimos, llega en ancas de un cierto presente y apunta a un posible futuro: los tiempos nos iluminan y se iluminan mutuamente.

De allí que una dirección del pensamiento contemporáneo entienda que la temporalidad es la esencia misma del ser que tenemos conciencia de ser.

Dos grandes obras han marcado particularmente al pensamiento de por lo menos la primera mitad del siglo pasado. La primera hablaba de ser y tiempo; la segunda del ser y la nada. Como si el tránsito de una a otra consistiera en una vuelta de tuerca a la toma de conciencia de que el tiempo nadvica. Es que trae consigo dos formas de la angustia, la facticidad y la contingencia. No debería extrañar entonces que se prefiera pensar al tiempo como un flujo uniforme, que ofrece un fondo vacío contra el cual se definen los acontecimientos, haciendo a un lado la reflexión acerca de la comunicación desde dentro, entre subjetividad y temporalidad. Pero aun este tiempo-fondo se presenta fracturado: el recuerdo no deja de traer una presencia poco confiable, la repetición nubla el presente, a la elaboración le es ajena la certeza y estas fracturas sumergen en la temporalidad.

Llegados a este punto, parece pertinente hacer lugar a una pregunta que retoma nuestro comienzo, en el punto en que se enlazaban memoria y tiempo. Puede decirse que hay un tiempo,

que él tiene un sentido y que pasado, presente y futuro son tres eslabones del curso del tiempo; puede decirse, se dice -y antes también lo dijimos aquí- y hasta la santa gramática aprobará lo dicho. Sin embargo repetición, recuerdo, elaboración, no parecen superponerse sin más a pasado, presente y futuro, sino que más bien parecen apuntar en otra dirección, desde que ellos hablan de modos de ser, del ser clausurado, del ser plegado sobre sí mismo en pos de confirmaciones, del ser abierto. ¿Acaso no hay evidencias de que recuerdo, repetición, elaboración, parecen requerir otro marco, el de la temporalidad? En todo caso, aquí se ha pretendido argumentar en favor de esta hipótesis.

### **Resumen**

#### **Recordar, repetir, elaborar: fondo de la memoria**

*Saul Paciuk*

Recuerdo, repetición y elaboración, tres modalidades de presentación de las asociaciones en el trabajo del psicoanálisis, refieren a los éxtasis del tiempo: el recuerdo da cuerpo a lo pasado dado por concluído, la repetición habla de la transferencia, presente que enmascara un pasado, la elaboración es memoria abierta y en construcción, desplegando las aperturas que ese pasado *contenía*. En todos los casos, el fondo de las *figuras* de la memoria es el tiempo en sus dos *formas*: **tiempo cronológico** y **temporalidad**, y esta se vacía de contenido cuando se la fuerza para que coincida con el tiempo cronológico. Quizá esta época de urgencias que alejan de lo importante, convoque vidas sin espesor que eluden el tiempo vivido que habla de nacimiento, peripecia y, sobre todo, de muerte, que re-pone nuestra nada como horizonte (ser nato, nacido), tiempo vivido cuya atmósfera es la angustia y que requiere ser recobrado.

### **Summary**

#### **Remembering, repeating, working through: background of our memory.**

*Saúl Paciuk*

Recollection, repetition and working through - three modalities of presentation of the associations in psychoanalysis - refer to time ecstasies: recollection brings back into existence a past that we believed concluded, the repetition talks about transference, a present that masks the past, working through is open memory in the process of construction, displaying the open doors that this past contained. In all cases, the background of the figures of memory is time in its two forms, chronologic time and temporality, which is emptied when it is forced to coincide with chronologic time.

Maybe these times, of urgencies that set us apart from the important things, call for lives without thickness that avoid the time lived that talks about birth, life stories, and overall death that re-sets our nothingness as horizon (born being), time lived whose atmosphere is the angst and that needs to be recovered.

**Descriptores:** TIEMPO / NARRACIÓN / ESCISIÓN / SUJETO /

**Autor-tema:** Klein, Melanie

### **Bibliografía**

- 1) CHARTIER, R., *El mundo como representación*. Barcelona 2005, Ed. Gedisa
- 2) FREUD, S., (1914) *Recuerdo, repetición y elaboración*. En Freud, S. Obras completas. T. V, Madrid, Bib. Nueva.
- 3) GREEN. A. “*Le temps morte*”. Nouvelle Revue de Psychanalyse, 1975

- 4) KLEIN, M., (1950) *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé*. En *Desarrollos en Psicoanálisis*. Buenos Aires 1967. Edic. Hormé.
- 5) MERELAU PONTY, M., *Fenomenología de la percepción*. Barcelona, 1985. Planeta-Agostini
- 6) PACIUK, S., *La idea de subjetividad como temporalidad*. En Rovalletti, M. L. (Ed.) "Temporalidad. El problema del tiempo en el pensamiento actual". Bs. Aires 1998, Lugar Editorial.
- 7) \_\_\_\_\_ *Psicosis y transferencia*. Montevideo, Ed. Roca Viva.

